

deseé entrar en la cabaña de mi padre, que hallé en el estado á que la habian reducido la soledad y los años: en su centro descollaba un magnolia, cuyas ramas se estendian sobre el techo; las hendidas paredes estaban cubiertas de musgo, y una yedra abrazaba el contorno de la puerta con sus negras y cabelludas manos.

»Senteme al pié del magnolia, y me abismé en el confuso tropel de mis recuerdos. «Tal vez, me decia, ven mi religion del desierto, mi madre ha vuelto á su cabaña, bajo la forma de este hermoso árbol.» «Y acariciaba el tronco de aquel suplicante que se habia refugiado al hogar de mis ascendientes, haciéndose su genio doméstico durante la ingrata ausencia de los amigos de mi familia. Erame grato encontrar por sucesor bajo mi hereditario techo, no al hijo indiferente de los hombres, sino á una generacion pacífica de árboles y de flores; la igualdad de destinos que parecia existir entre mí y el magnolia, único objeto que habia quedado en pié entre aquellas ruinas, me enternecia profundamente. ¡Ah! ¿No

entregara yo á la hija de Lopez una flor de magnolia que la acompañó al sepulcro?

»Embelesado en estos pensamientos, delicia íntima del alma, proponíame reconstruir mi cabaña y consagrar el magnolia á la dulce memoria de Atala, cuando oí cierto rumor. Un sachem, tan viejo como la tierra, se presentó bajo las yedras de la puerta; una espesa barba le cubria parte del rostro, y su pecho estaba erizado de un vello largo, parecido á las yerbas que crecen en el álveo de los rios; apoyábase en una caña; oprimia su cintura un áspero ceñidor de juncos; una corona de flores de laguna ornaba su frente, de sus hombros pendia un amplio manto de piel de nutria y de castor, y parecia salir del rio, pues sus vestiduras, barba y cabellos destilaban agua.

»Nunca he sabido si aquel anciano era realmente algun antiguo sachem, algun sacerdote conocedor del porvenir y habitante de una isla del Meschacébé, ó si era el antiguo padre de los rios, el mismo Meschacébé. «¡Chactas! me dijo, con un acento que



BATALLA ENTRE LOS NATCHEZ Y FRANCÉSES.

»se asemejaba al rumor de una cascada, cesa de pensar en la reconstrucción de tu cabaña. ¿Disputarías su posesion á un genio, oh el mas imprudente de los hombres? ¿Crees haber llegado al término de tus trabajos, y que nada ya debes hacer sino sentarte en la estera de tus padres? Brillará un dia en que el sangre de los Natchez...»

«El misterioso sachem enmudeció, y agitando la caña que en la mano tenia, me dirigió una mirada profética, mientras bajando y volviendo á alzar la cabeza, golpeaba su pecho con la cenagosa barba. Arrojéme á los piés del anciano; mas él, lanzándose al rio, desapareció entre sus revueltas aguas.

»No me atreví á quebrantar el mandato de aquel hombre ó de aquel genio, y construí mi nueva morada en la colina donde hoy la ves. Habiendo vuelto Adario del país de los iroqueses, trabajé con él y con el anciano Sol en la mejora de las leyes de mi patria.

En premio del escaso bien que he practicado, se me profesa mucho amor.

»Avanzo á pasos agigantados hácia la mitad de mi carrera, y pido al cielo conjure las tempestades con que ha amenazado á los natchez, ó me reciba en sacrificio. Al efecto, procuro santificar mis dias para que la pureza de la víctima sea grata á los Genios; esta es mi única precaucion contra el porvenir. No he interrogado á los adivinos, pues debemos llenar los deberes que la virtud nos enseña, sin escudriñar con temeraria curiosidad los arcanos de la Providencia. Hay una especie de sabiduría impaciente y de prudencia culpable que el cielo castiga siempre. Tal es, hijo mio, la demasiado larga historia del viejo Chactas.»

LIBRO NOVENO.

LA narracion de Chactas habia conducido á los Natchez hasta los valles frecuentados por los castores, en el país de los Illineses. Aquellos pacíficos y maravillosos animales fueron atacados y destruidos en todas direcciones. Despues de numerosos holocaustos en obsequio de Michabou, genio de las aguas, los indios empezaron á desollar simultáneamente sus víctimas, en el dia preñado por el sacerdote. Apenas el hierro habia entreabierto las flexibles pieles, oyose este grito: «¡Una hembra de castor!» Los mas

vigorosos guerreros dejaron caer al suelo su presa, y el mismo Chactas se mostró turbado.

Existen entre los salvajes tres causas de guerra: la invasion de las tierras, el rapto de una familia y la destruccion de las hembras del castor. Ignorando el derecho público de los indios y careciendo de la experiencia de los cazadores, René habia dado muerte á algunas hembras de castor. Deliberóse tumultuariamente sobre el caso: Onduré queria que el culpable fuese abandonado á los Illineses para evitar una guerra sangrienta; el hermano de Amelia fue el primero que se presentó en espiacion. «¡Ya lo ves! dijo á Chactas, arrastro por donde quiera mis infortu-



CELUTA.

»nios; ¡librate de un hombre que pesa sobre la tierra!» Outougamiz sustuvo que el guerrero blanco, cuyo manitú de oro llevaba en prenda de la jurada amistad, solo habia delinquido por ignorancia: «Los que tanto temen á los illineses, exclamó, pueden ir á mendigar de ellos la paz; de mí diré que conozco un medio mas seguro de obtener la victoria. El

»hombre blanco es mi amigo, y todo el que sea su enemigo, lo es mio.» Al pronunciar estas palabras, el joven salvaje fulminó á Onduré una mirada terrible.

Outougamiz era célebre entre los Natchez por su candor y por su arrojo; habianle denominado Outougamiz el Simple. Nunca tomaba la palabra en un

consejo, pues sus virtudes solo se manifestaban por medio de acciones. Absortos quedaron los cazadores al ver la osadía con que acababa de espesarse y de la súbita elocuencia que la amistad le había inspirado; tal, la flor del hemerócalo, que cierra su cáliz durante la noche, solo esparce sus perfumes á los primeros rayos del sol. La juventud, siempre generosa y guerrera, aplaudió los sentimientos de Outougamiz. René había adquirido sobre sus salvajes compañeros el imperio que involuntariamente ejercía en los ánimos: el parecer de Onduré fue rechazado; se conjuraron los manes de las hembras de los castores, y Chactas encargó el secreto; pero el rival del hermano de Amelia se había propuesto ya divulgarlo.

Creyése, no obstante, que debía abreviarse el tiempo de las cacerías, y la precipitada vuelta de los guerreros alarmó á los Natchez. No tardó en murmurarse en voz baja la causa secreta del regreso. Cada vez mas desdenado de Celuta, Onduré se acercó á su antigua amante, y buscó en la ambición un consuelo y una venganza contra el amor.

Durante la ausencia de los cazadores, los habitantes de la colonia se habían esparcido por las aldeas indias: unos aventureros libertinos y algunos soldados ebrios, insultaron á las mujeres; Febriano, digno amigo de Onduré, había atormentado á Celuta y d'Artaguette la había protegido. Al regreso de Outougamiz, la huérfana refirió á este las persecuciones de que había sido objeto; Outougamiz las contó á René, quien, defendido ya en el consejo por el generoso capitán, fué á darle gracias al fuerte de Rosalia, y entonces se estableció entre aquellos dos nobles franceses un afecto fundado en la mútua estimación. Movidó por la belleza de Celuta, d'Artaguette cedía á la inclinación que le arrastraba hácia el hombre amado por la virtuosa india. Así se formaban por donde quiera lazos que el cielo se proponía romper y rencores que el tiempo había de exacerbar. Un incidente inesperado desarrolló de repente estos gérmenes de calamidades.

Velaba Chactas una noche en medio de su familia, tendido en su estera, y la oscilante llama del hogar alumbraba el interior de la cabaña, cuando un hacha teñida en sangre cayó á los piés del anciano: en el mango veíanse grabadas dos hembras de castores y el símbolo de la nación Illiisa. Arrojárónse armas iguales en las cabañas de los diferentes sachems, y los heraldos illineses, que habían ido á declarar la guerra por este medio, habían desaparecido entre las tinieblas.

Onduré, animado por la esperanza de perder al que le robaba el corazón de Celuta, había noticiado en secreto á los illineses el triste incidente de la caza, pues le importaba poco sumir su país en un abismo de males á trueque de hacer su rival odioso á la nación y escalar, merced á los azares de la guerra, el poder absoluto. Había previsto que el viejo Sol se vería precisado á marchar contra el enemigo; y á falta de una flecha illinesa, ¿por qué no emplearía la suya para deshacerse de un caudillo importuno? Akansia, madre del jóven Sol, dispondría entonces de la suprema potestad, y por su medio el hombre por ella adorado llegaría fácilmente á la dignidad de edil, que le haría tutor del nuevo príncipe. Por último, Onduré que detestaba á los franceses, pero que les servía para captarse su apoyo, ¿no hallaría algun medio de espulsarlos de la Luisiana, al verse investido de la autoridad suprema? Arbitro entonces de la fortuna, sacrificaría al hermano de Amelia y obligaría á Celuta á ceder á su amor.

Tales eran los proyectos que Onduré forjaba vagamente en su alma. Conociendo á fondo á Akansia, no dudaba de su asentimiento á todas sus maldades, si la persuadía de su arrepentimiento, haciéndola creer

que la amaba. Fingió, pues, por ella una pasión que no sentía y prometió sacrificarle á Celuta, exigiendo á su vez de Akansia que favoreciese una ambición cuyos frutos habría de recoger. La crédula amante aceptó el crimen en pago de una caricia.

La pasión de Celuta se robustecía en silencio, y René era ya el amigo de Outougamiz. ¿No sería posible á Celuta obtener la mano de René? Los murmullos que empezaban á hacerse oír por todas partes contra el guerrero, blanco, contribuían á aumentar el cariño que le profesaba la india, porque el amor se goza en la abnegación y los sacrificios. Los sacerdotes no cesaban de repetir que habían aparecido en los aires ciertas señales, en la noche de la convocatoria del consejo; que la serpiente sagrada había desaparecido el día de una adopción funesta; que se había dado muerte á las hembras de castores; que la nación se hallaba comprometida por la presencia de un extranjero sacrilego, y que eran necesarias grandes espionajes. Estas palabras, sin cesar repetidas en su derredor, sobresaltaban el corazón de Celuta; la injusticia de la acusación la irritaba, y el sentimiento de esta injusticia fortalecía su ya invencible amor.

Emperó René no compartía esta pasión, pues no había cambiado de naturaleza y cumplía su destino en todo su rigor. Ya la distracción que un largo viaje y la vista de nuevos objetos habían producido en su alma, empezaban á perder su fuerza: su habitual tristeza volvía á dominarle, y el recuerdo de sus amarguras, lejos de debilitarse por el tiempo, parecía cobrar nueva intensidad. Los desiertos no satisfacían ya á René mas que el mundo civilizado, y en la inestabilidad de sus vagos deseos, había agotado la soledad como agotara la sociedad. Personaje inmóvil en medio de tantos personajes en movimiento, centro de mil pasiones de que no participaba, y blanco de todos los pensamientos, por razones diversas, el hermano de Amelia era la causa invisible de todo: amar y padecer era la doble fatalidad que imponía á todo el que se le acercaba. Lanzado al mundo como una gran catástrofe, su pernicioso influencia se extendía á los seres que le rodeaban; hay en la naturaleza hermosos árboles á cuya sombra no es posible sentarse ó respirar sin perecer.

No obstante, René veía con amargo dolor que á pesar de su inocencia era la causa de la guerra suscitada entre los illineses y los Natchez. «¿Cómo! se decía; en pago de la hospitalidad que he recibido, entrego á la desolación las cabañas de mis huéspedes? ¿Por qué he traído á estos salvajes la agitación y las miserias de mi existencia? ¿Responsable seré á cada familia de la sangre que se derrame! ¡Ah! ¡Acéptese antes en reparación el sacrificio de mi vida!»

Este sacrificio no era ya posible sino en el campo de batalla: la guerra estaba declarada, y no quedaba otro recurso á los Natchez que sotenerla con denuedo. El Sol tomó el mando de la tribu del Aguila, con la que se resolvió invadiese las tierras de los illineses. Adario quedó entre los Natchez con la tribu de la Tortuga y de la Serpiente, para defender la patria. Outougamiz fue nombrado caudillo de los jóvenes guerreros que debían proteger las cabañas, y René, adoptado en la tribu del Aguila, debía pertenecer á la expedición comandada por el viejo Sol.

Habiéndose fijado el día de la partida, Outougamiz dijo al hermano de Amelia: «Me abandonas, pues los sachems me mandan permanecer aquí; vas á marchar al combate sin tu compañero de armas; ¿barto siento dejarte solo! Si mueres, ¿de qué medio me valdré para reunirme á tí? Acuerdate de nuestros manitús en la batalla; hé aquí la cadena de oro de nuestra amistad, que me advertirá de todo lo que hagas. Hubiera deseado que á lo menos fueres mi hermano antes de abandonarme. Mi hermana

«te ama; todos lo dicen y solo tú lo ignoras, pues nunca le hablas de amor. ¡Cómo! ¿Note parece hermosa? Tu alma está encadenada en extraños pañales? Yo soy Outougamiz, denominado el Simple porque no tengo talento; pero me consideraré siempre dichoso en amarte, ya sea feliz ya desgraciado por tí.» Así habló el salvaje, á quien René estrechó en su seno, arrasados los ojos en lágrimas de ternura.

En breve la tribu se puso en marcha, acaudillada por el Sol. Todas las familias corrieron á ver su desfile; mujeres y niños lloraban. Celuta reprimía mal la vehemencia de su dolor, y seguía con tristes miradas al hermano de Amelia. Chactas bendijo á su paso su hijo adoptivo, lamentando no poder seguirle, y la tierna Mila, medio turbada, gritó á René: «¡No te mueras!» y confundióse ruborizada entre la muchedumbre. El capitán d'Artaguette saludó al hermano de Amelia al verle pasar y le invitó recordase la gloria de la Francia. Onduré cerraba la marcha, pues debía encargarse del mando de la tribu, en el caso que el viejo Sol sucumbiese á las penalidades de las operaciones ó á la flecha enemiga.

No bien la tribu del Aguila se alejara de los Natchez, se esparció una gran inquietud entre los habitantes del fuerte de Rosalia, pues los colonos habían descubierto una conspiración entre los negros, y se decía que tenía ramificaciones entre los salvajes. En efecto, Onduré mantenía hacia mucho tiempo secretas inteligencias con los esclavos de los blancos, habiendo hecho llegar á sus oídos el dulce nombre de libertad, para servirse de ellos si algun día podían ser útiles á su ambición. Un jóven negro, llamado Imley, jefe de aquella misteriosa asociación, cultivaba unas tierras inmediatas á la cabaña de Celuta y Outougamiz.

Estos datos fueron comunicados á Febriano, quien, devorado por la sed de oro, vió en las circunstancias en que se encontraban los natchez una posibilidad de destrucción, favorable á la vez á su avaricia y su lascivia. Febriano recibía agasajos de Onduré á quien noticiaba todo lo que ocurría en el consejo de los franceses; pero ausente este caudillo y no teniendo ya guía, creyó llegada la ocasión de enriquecerse con el despojo de los salvajes.

A semejanza del dogo, á quien su amo despierta, Febriano se levantó á las denuncias de sus ocultos agentes y se preparó á los proyectos que meditaba, mediante el cumplimiento de los ritos de su abominable culto.

Encerrado en su aposento, empezó medio desnudo una danza mágica que representaba el curso de los astros; hizo luego su oración, vuelto el rostro al templo de la Arabia, y lavó su cuerpo en aguas inmundas. Terminadas estas ceremonias, el monge mahometano tornóse cristiano guerrero: cubre sus delgadas piernas con el paño fúnebre de los combates y viste la casaca blanca de los soldados de la Francia. Una franja semicircular de oro, semejante á la que del broquel de Pálas pendía, rodea el hombro izquierdo de Febriano, que coloca sobre su pecho una resplandeciente media luna; cuelga de su tahalí una espada de argétea empuñadura y azulada hoja, que causa una triple herida en el costado del enemigo, y bajando sobre sus cejas el sombrero de Marte, el renegado sale en busca de Chepar.

Semejante á la túnica devoradora que hizo perecer á Hércules en el monte Oeta, la casaca del granadero francés se adhiere á los huesos del hijo de los moros y hace circular por sus venas los ardientes venenos de Belona. No bien el general vió á Febriano, sintióse poseído del furor bélico, cual si el demonio de los combates sacudiese entre su cabellera de culebras la cabeza de una de las tres Gorgónides.

«¡Ilustre jefe! dijo Febriano, con sobrada razón se

«elogian vuestra prudencia y valor; sabeis aprovechar las ocasiones oportunas, pues mientras los mas animosos de nuestros enemigos han partido á una guerra lejana, juzgas conveniente aprovecharte de las tierras de los rebeldes. Las treguas están próximas á su término, y no intentais renovarlas, porque sabeis los peligros que amenazan á la colonia: los esclavos son seducidos por un miserable negro, vecino del conspirador Adario y del francés adoptado por Chactas: Imley es el designado como cabeza de esta conjuración. Sé con regocijo que habeis espedido órdenes, que todo está en movimiento en el campo, y que si los facciosos nos niegan las tierras pedidas, los cadáveres de los enemigos del rey serán pasto de los buitres.»

Merced á este discurso dictado por la satucia, Febriano evitó lastimar el orgullo de Chepar, dispuesto siempre á sublevarse contra un consejo directo. Absorto al oír que se atribuían á su prudencia designios en que no había pensado, respondió complacido á Febriano: «Me has parecido siempre un hombre dotado de singular penetración. ¡Si! conozco há mucho las maquinaciones de los traidores. Las últimas instrucciones de Nueva-Orleans me conceden plena libertad de acción, y creo es tiempo de poner término á semejante estado. Vé á declarar á los salvajes que cedan sus tierras ó que se dispongan á recibirme con las tropas de mi rey.»

Febriano, ocultando á Chepar una burlona sonrisa, se apresuró á comunicar á los natchez la decisión de Chepar. El padre Souël, ocupado en la misión de los Yazous, no se hallaba en el fuerte de Rosalia para defender la causa de la justicia, y d'Artaguette recibió la orden de prepararse á los combates y no á los discursos.

Reunióse el consjo de los sachems, y en él se escucharon las palabras y las amenazas del mensajero francés.

«Os aprovechais, le respondió Chactas, de la ausencia de nuestros guerreros, para negaros á la renovación de los tratados: ¿tal proceder es digno de la noble nación de que te llamas intérprete? ¿Cumplase la voluntad del Gran Espiritu! Nosotros deseamos la paz, pero sabremos inmolarnos en aras de la patria.»

¡Ultimo ensayo de moderación y prudencia! Chactas intentó ir á presentar otra vez el calumet al fuerte de Rosalia; los sachems contaban con la autoridad de sus años y con su discreción, pero contaban en vano, porque los habitantes de la colonia impulsaban al general á la violencia, mientras Febriano le acosaba con relatos de diferentes conspiraciones; en un campamento se desea la guerra, y el soldado oye mas dócil la voz de la gloria que la de la justicia. Todo, pues, impelia los partidos á una primera batalla; Chepar no solo rehusó la paz, sino que instigado por Febriano, detuvo á Chactas en el fuerte. «Cuanto mas célebre sea este viejo, dijo el general, tanto mas interesa privar á los rebeldes de su mejor guía. Yo aprecio á Chactas, á quien el gran rey ofreció en otro tiempo un grado en nuestro ejército, y no se le causará el menor daño; aquí será tratado con toda clase de atenciones, pero no irá á dar á los facciosos los medios de librarse del merecido castigo.»

«¡Franceses! dijo Chactas; estabais destinados á violar dos veces en mi persona el derecho de las naciones. Cuando fui preso en el Canadá, se podía pretostar á lo menos que mi mano, ágil entonces, manejaba el hacha; pero ¿qué teneis hoy de un viejo, cuyos ojos no ven la luz?—No tememos tus golpes, le respondieron á la vez los colonos, sino tus consejos.»

Chepar se prometiera que la prisión de su primer sachem esparciría la consternación entre los natchez, obligándoles á someterse á la repartición de las tier-

ras; pero no sucedió así. El furor se apoderó de todos los corazones, los salvajes se reunieron en tumulto y deliberaron atropelladamente. El infierno que veía sus designios próximos á ser desconcertados, procuró salvar el culto del sol del imprevisto ataque de los franceses. Satanás convocó los espíritus de tinieblas, y les mandó apoyar á los natchez por todos los medios que plugo á Dios dejar al arbitrio del genio del mal. A fin de dar á los indios el tiempo necesario para prepararse, el príncipe de los demonios desencadenó un huracán, y desbordando el Meschacébé, hizo impracticables por algunos días todos los caminos. Aprovechando la tregua que la tempestad les concedía, los natchez enviaron mensajeros á las naciones limítrofes, y toda la juventud acudió en su auxilio.

Chepar esperaba que la tempestad calmase para marchar á la ciudad principal de los Natchez. La sesta aurora devolvió á la naturaleza la deseada serenidad, y vió á los soldados franceses llevar adelante sus banderas; pero la inundación de la llanura obligó al ejército á dar un largo rodeo.

No bien la Fama anunció á los natchez la aproximación del enemigo, el aire resonó con agudos gemidos; las mujeres huían llevando sus tiernos hijos sobre sus hombros y dejando los manítus colgados de las puertas de las abandonadas cabañas. Veíase agitarse á los guerreros, que no habían tenido tiempo para prepararse al combate ni por los ayunos, ni por las bebidas sagradas, ni por el estudio de los sueños. El grito de guerra, la canción de muerte y el ruido de la danza de Areskouí, mezclábanse y confundíanse por todas partes. El batallón de los Amigos y la tropa de los mancebos se disponían á bajar á la región de las almas: Outougamiz capitaneaba aquel batallón sagrado. Solo Outougamiz se mostraba triste por no tener á su lado á su compañero, el guerrero blanco.

Celuta fue á buscar á su hermano, y abrazándole tiernamente le rogó no espusiese su vida: «Recuerda, le dijo, ¡oh mi águila protectora! que he nacido contigo en el nido de nuestra madre; el cisne que por amigo has elegido ha tendido el vuelo á lejanos rios; Chactas está prisionero; Adario recibirá acaso en breve la muerte; d'Artaquette pelea en las combates filias; ¿quién me queda si te pierdo?»

— ¡Hija de Tabamica! respondió Outougamiz, acuérdate del banquete fúnebre. Si el hombre blanco se hallase aquí, le pertenecería el cuidado de tí; pero mira sobre mi corazón su manítu de oro; él me preservará de todo peligro, porque me ha hablado esta mañana y me ha dicho cosas secretas. ¡Tranquilízate, pues, é invoquemos la Amistad y los genios que castigan á los opresores! No creas que los franceses son los mas numerosos; al combatir por los huesos de nuestros padres, nuestros padres combatirán por nosotros. ¿No ves, no ves á nuestros abuelos alzarse de sus sepulcros? ¡Valor! nos gritan, ¡valor! no permitais que el extranjero profane nuestras cenizas, que nosotros corremos á vuestro auxilio, con las potestades de la noche y de la tumba! ¡Crees, Celuta, que los enemigos podrán resistir esta pálida milicia? ¡Oyes la Muerte, que marcha á la cabeza de los esqueletos, armada con una maza de hierro? ¡Oh Muerte! no tememos tu presencia, que tú no eres para nuestros corazones inocentes sino un genio benéfico.»

Así habló Outougamiz en la exaltación de su alma. Celuta fue llevada á los bosques por Mila y las matronas.

Toda la fuerza de los Natchez consistía en la tropa de mancebos que los sachems habían situado en derredor de los bosquecillos de la Muerte. Los sachems, por su parte, formaron un batallón que se reunió en los bosques á la entrada del templo del sol: así reparada, la nación habíase puesto bajo la protección de los sepulcros y de los altares. Una admiración profun-

da embargaba el alma al aspecto de aquellos ancianos armados; veíase agitarse en la oscuridad del bosque sus cabezas canas ó blancas, cual las plateadas aguas de un río, bajo la bóveda de las encinas. Adario, jefe de los sachems, á quienes escedía en toda la frente, semejava el antiguo estandarte de aquella tropa patriarcal. No lejos de allí, el gran sacerdote hacia sacrificios en una hoguera, consultaba los espíritus y solo predecía infortunios. No de otro modo, al acercarse las tormentas del invierno, cuando la brisa vespertina esparce el olor de las hojas secas, la corneja, posada sobre un árbol marchito, pronuncia siniestras palabras.

Pronto, saliendo del fondo de un valle, se presentó á los deslumbrados ojos de los natchez toda la magestad de las tropas francesas, semejante al fuego anual con que los salvajes consumen el mustio follaje, y que se estiende como un ardiente lago. ¡Indios! vosotros sentisteis ante aquel espectáculo una especie de asombro frenético; la idea de la patria, estasiando vuestras almas, las hacia superiores al terror. Vosotros contemplábais las ondulaciones regulares, los acompasados movimientos y la admirable disciplina de aquellos soldados. Sobre las olas del ejército descollaban las apiñadas bayonetas, á la manera de las hojas de un cañaveral, que tiemblan en la corriente de un río.

Un anciano se presentó ante los guerreros de la Francia: mostraba en una mano el calumet de paz, y con la otra levantó un hacha que chorreaba sangre, cantó y bailó á la vez, y sus cantos y sus pasos estaban mezclados con movimientos tumultuosos y tranquilos. Alternativamente invocaba el furor de los juegos de Areskouí, el ardor de las luchas del amor, el terror de la batalla de los héroes y el encanto del combate de las Gracias y de la lira. Ora giraba sobre sí mismo, exhalando gritos y arrojando el tomahawk; ora remedaba el tono del augur que preside la fiesta de las mieses. El semblante de aquel anciano era rígido, su mirada imperiosa y su frente de metal; todo su continente revelaba al padre de la patria y al entusiasta defensor de la libertad. Este mensajero de los Natchez fue enviado á Chepar; y en medio de multitud de capitanes, sin doblar la rodilla ni siquiera inclinarse, habló en estos términos al general de los franceses:

«Mi nombre es Adario: de padre en hijo, todos mis antepasados han espirado en defensa de su país. Vengo á reclamar, en nombre de los sachems, á Chactas y á proponerte por última vez la paz. Si yo hubiera sido el jefe de mi nación, solo con el hacha en la mano me hubieses visto. ¿Qué pretendes? ¿cuáles son tus proyectos? ¿En qué te hemos ofendido?»

«Intentas acaso degollarnos en las cabañas en que hemos concedido desinteresada hospitalidad á tus padres, cuando débiles y extranjeros, ni aun tenían chozas donde librarse de la intemperie, ni maíz para aplacar su hambre?»

«Si continuas oprimiéndonos, sabe que antes que te cedamos las tumbas de nuestros mayores, el sol se levantará donde se pone; las encinas darán los frutos del nogal, y el buitre alimentará los hijuelos de la paloma.»

«Has violado pérfidamente la fe pública al prender á Chactas, y sin embargo, no he temido presentarme á tí; ó tu corazón se abrirá de nuevo al sentimiento de la equidad, ó comerás una nueva injusticia: en el primer caso, reinará entre nosotros la paz; en el segundo, colmarás la medida. El gran Espíritu se encargará de nuestra justa venganza.»

«¡Elije! he aquí el calumet de paz; ¡fuma! he aquí el hacha de sangre; ¡hiere!»

Como el hierro entregado á la fragua se penetra de una púrpura abrasadora, así el rostro de Chepar se encendió en el fuego de la cólera al oír el discurso

del salvaje. El indómito viejo levantaba su cabeza sobre la estupefacta asamblea, cual la encina americana que abandonada en su suelo natal domina con su inflexible tallo las mieses europeas que á su pié se agitan. Chepar replicó:

«¡Rebelde! este país pertenece al rey mi señor; si te atreves á oponerte á la repartición de las tierras que he distribuido entre los habitantes de la colonia, haré de tu nación un espantoso ejemplo. ¡Retírate, no sea que te haga experimentar el castigo que no he impuesto á Chactas!»

«Y yo, gritó Adario, rompiendo con mano segura el calumet de paz, te declaro en nombre de los Natchez una guerra eterna é implacable; ¡te entrego con todos los tuyos á la feroz Athaénsia! Ven á amasar un pan digno de tus soldados con la sangre de nuestros viejos, la leche de nuestras jóvenes esposas y las cenizas de nuestros padres! ¡Ojalá mis miembros, cuando tu hierro les haya separado de mi cuerpo, se reanimen para la venganza, mis piés marchen solos contra tí, mi cortada mano lance el hacha, mi pecho exánime arroje el grito de guerra, y hasta mis cabellos, cual trama funesta, tiendan en derredor de tu ejército las inevitables redes de la muerte! ¡Genios que me escuchais! ¡Los huesos de los viles opresores sean pulverizados como los fragmentos del calumet deshechos bajo mi pié! ¡Nunca el árbol de la paz estienda sus ramas sobre los Natchez y los franceses, mientras aliente un solo guerrero de las dos naciones, mientras las madres continúen siendo fecundas en ambos pueblos!»

Dijo. Los demonios, al escuchar su espantosa imprecaación, salieron del abismo y llenaron los corazones de infernal furor. El sol se anubló retumbó el trueno, los olvidados manes ahullaron en los féretros, y las mujeres indias oyeron en su seno el largo quejido de sus hijos; Adario arrojó el hacha en medio de los guerreros: la tierra se abrió para tragarla, y se la oía bajar retumbando por sus negras profundidades. Los capitanes franceses admiraron atónitos el valor del anciano, quien ya entre los suyos, le dirigió este discurso:

«¡Natchez, á las armas! Demasiado tiempo hemos permanecido sentados en la estera! ¡Juventud! ¡Corra hoy el aceite por tus cabellos, pintense tus rostros, lénense sus carcajes, y á tus cantos bélicos retiemblen los bosques. ¡Desagraviemos nuestros muertos!»

«Cubierto de eterna infamia vive el que huye; las mujeres le presentan el paño que cubre el pudor, y se sientan en el consejo en medio de las matronas. Mas, ¡cuán honrado se ve el que sucumbe en defensa de su patria! Sus huesos son recogidos en pieles de castor y depositados en el sepulcro de sus mayores; su memoria se confunde con la de la religión protegida, la libertad defendida y las mieses recolectadas. Las doncellas dicen al esposo á quien en la montaña elijen: ¡Asegúrame que imitarás á ese héroe! Su nombre es la garantía de la felicidad pública y el resorte de las alegrías secretas de las familias.»

«¡Séenos favorable, Areskouí! tu maza está armada de dientes de cocodrilo; el cuchillo esterminador pende de tu cintura; tu aliento exhala como el de los lobos el hedor de la carnicería, pues bebes el caldo de la carne de los muertos en el cráneo del guerrero. ¡Inspira á nuestros hijos el irresistible deseo de morir por la patria; sientan una viva alegría cuando el hierro del enemigo les atraviese el corazón!»

Así habló, ó por mejor decir, así cantó Adario, á quien los salvajes respondieron con prolongados ahullidos. Cada cual ocupó su puesto y esperó la orden de ponerse en marcha. El gran sacerdote, asiendo una antorcha, se adelantó algunos pasos; su túnica, manchada con la sangre de las víctimas, cruja en el

aire; las serpientes, que tenía el poder de encantar, salieron silbando de su pecho y se enlazaron en derredor del simulacro del ave nocturna que terminaba su cabellera: no de otro modo han pintado los poetas la Discordia, entre los batallones de griegos y troyanos. El sacerdote entonó la canción de guerra, que repitió el batallón de los Amigos; tal, en las aguas del Eurotas, los cisnes de Apolo cantaban su último himno, al prepararse á reunirse á los dioses.

Entonces, el príncipe de las tinieblas llamó al Tiempo y le dijo: «Potestad devoradora, á quien he dado el ser; tú que te alimentas de siglos, de tumbas y de ruinas; rival de la Eternidad que domina la tierra y el infierno; ¡Oh Tiempo! ¡oh, hijo mio! Si me he preparado hoy abundante pasto, secunda los dignos esfuerzos de tu padre. Tú ves la debilidad de nuestros hijos: sus escasas fuerzas están espuestas á una destrucción que desconcertaría nuestros proyectos: vuela á los dos flancos del ejército indio, corta los antiguos bosques para hacer una muralla á los Natchez, é inutiliza la superioridad numérica de los adoradores de nuestro implacable enemigo.»

El Tiempo obedeció: y bajando, á los bosques con el estruendo de un águila que azota con sus alas las ramas de los árboles, los dos ejércitos oyeron su pavoroso descenso; llenas de terror las almas. Oyéronse luego resonar en la espesura del desierto los redoblados golpes de ese inexorable leñador, que así mina los monumentos de la naturaleza como los que el hombre fabrica. Este padre y destructor de los siglos derribó los pinos, las encinas y los cipreses, que espiraron con sordos mugidos; las soledades de la tierra y del cielo quedaron desnudas al perder las columnas que los unían.

Este prodigio asombró á los dos ejércitos: los franceses le tomaron por el desolador efecto de un nuevo huracán, mientras los Natchez vieron en él la ostensible protección de sus genios. Adario exclamó: «Los manítus se declaran por los oprimidos; ¡marchemos!» A estas mágicas palabras, estremeciéndose todo: y los franceses, formados en batalla, se maravillaron al ver aquellos hombres medio desnudos que avanzaron cantando, contra la artillería y la centellante bayoneta. ¡Qué valor inspiras, santo amor de la patria!

LIBRO DÉCIMO.

Los Natchez se acercaban ya al enemigo. Chepar hizo una señal: el centro del ejército se replegó y descubrió los cañones; al pié de cada bronce, mostrábase inmóvil un guerrero, empuñando la encendida mecha; la infantería ejecutó una rápida maniobra, y los granaderos de la primera fila pusieron una rodilla en tierra; las otras dos filas giraron oblicuamente y presentaron por los claros de la línea el costado y las armas á los indios. A este movimiento, los Natchez se detuvieron cesando en su gritería: un silencio y una inmovilidad formidables reinaban en ambas partes, y solo se escuchaba el bronco rumor de las alas de la Muerte que sobre los mudos batallones se cernía.

Cuando la ardiente canícula desarrolla en los mares mejicanos el viento pestilencial del Mediodía, este viento mortífero exhala un soplo húmedo y abrasador: la naturaleza se encapota, los paisajes se agigantan; la roja luz de los trópicos se esparce sobre las aguas, los bosques y las llamas, las nubes penden en enormes grupos de los dos horizontes del cielo; parece haberse levantado para siempre sobre el mundo un mediodía devorador, y júzganse ya próximos los tiempos anunciados del incendio final del universo: así se mostraban los ejércitos detenidos frente